

LECCION XXV.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.
(SIGLOS IV Y V).

La Iglesia consoladora: san Hilarion; — atacada: herejía de los Macedonios; — defendida: concilio general de Constantinopla, san Ambrosio, san Agustin.

La division y la inconstancia son propiedades del error; así es que de la secta arriana nacieron otras muchas herejías, y luego cismas y funestas disensiones; pero mientras los Doctores de la Iglesia atacaban el error con sus discursos y sus obras, unos, mas que hombres, ángeles de paz, víctimas de expiacion, oraban en el desierto, y se entregaban á todas las austeridades de la penitencia, á fin de obtener la victoria para sus hermanos, y de reparar los escándalos é innumerables desórdenes causados por el cisma y la herejía. Abandonemos, pues, el campo de batalla donde combaten tan ilustres Padres, como san Cirilo¹, patriarca de Jerusalem, Lactancio, san Efren, diácono de Edesa, san Eusebio de Verceil, san Paciano, obispo de Barcelona²; y otros muchos mas que no nos permite el tiempo nombrar, y dirijamos nuestros pasos hacia

¹ San Cirilo nos ha legado unas excelentes instrucciones para los catecúmenos, ya para antes, ya para despues del Bautismo; las primeras llevan sencillamente el nombre de *Catequeses*, y son en número de diez y ocho; en ellas se encuentran los mas interesantes detalles sobre la excelencia del Bautismo, el Símbolo, la señal de la cruz, la virginidad, el ayuno, la oracion, la disciplina del secreto, ó la obligacion de no revelar á los profanos nuestros santos misterios. Las segundas se titulan *Catequeses mistagógicas*, es decir, que introducen en el secreto de los misterios; son en número de cinco, y fueron predicadas en Jerusalem durante la semana de Pascua, despues del Bautismo de los catecúmenos; las otras habian sido predicadas durante la Cuaresma del mismo año 347. En las *Catequeses mistagógicas* el Santo se propone principalmente explicar la naturaleza y efectos del Bautismo, de la Confirmacion y de la Eucaristía, que en aquel tiempo se recibian en un mismo día. La quinta es sumamente interesante, en cuanto contiene la liturgia tal como estaba en uso en tiempo de san Cirilo, y nos enseña el modo como comulgaban los cristianos. Grandcolas, doctor en teología de la facultad de París, ha publicado una traduccion francesa de las *Catequeses*. París, 1713, en 4.º

² En una de sus epístolas á *Sinfronio* contra las herejías, dice estas her-

los climas de Oriente, donde hemos ya admirado tan grandes maravillas; ved en el fondo del desierto aquella choza aislada; es la de san Hilarion.

Hilarion, el héroe de la penitencia, nació en la pequeña ciudad de Tabatha en Palestina, de padres gentiles: enviado muy jóven á Alejandria para estudiar las letras humanas, dió grandes pruebas de un talento superior y sobre todo de una angelical pureza de costumbres, en recompensa de lo cual tuvo la suerte de conocer y abrazar la religion cristiana. Convertido de repente en otro hombre, no gustaba sino de las santas reuniones de los fieles, y habiendo llegado á sus oidos la fama de san Antonio, tan célebre en todo el Egipto, concibió el designio de visitarle en su desierto; llegado allí, fué tanto lo que sus ejemplos le conmovieron, que cambió de traje y empezó á imitar su género de vida, su fervor en la oracion, su humildad para con sus hermanos, su perseverancia en las austeridades y todas sus demás virtudes.

Sin embargo, temiendo ser distraido por la gran multitud de personas que visitaban á Antonio, ya para ser curadas de sus dolencias, ya para ser libertadas del demonio, regresó á su país; la muerte le habia arrebatado á sus padres, así es que pudo disponer de sus bienes, una mitad en favor de sus hermanos, y la otra en favor de los pobres, despues de lo cual se retiró á un desierto, cerrado por el mar por una parte, y por grandes pantanos por otra; en vano le hicieron presente que aquel lugar estaba infestado de malhechores; su contestacion fué que únicamente temia la muerte eterna. Cuando Hilarion dió tan insigne ejemplo de desprendimiento y de valor, contaba solo quince años; y á pesar de ser su salud tan débil y delicada que le hacia viva impresion el menor exceso de calor ó de frio, no se llevó otros vestidos que un saco, una túnica de piel que le habia dado san Antonio, y una capa muy corta.

Llegado á su desierto, prohibióse á sí mismo el uso del pan, y durante seis años su único y diario alimento fueron quince higos que comia al ponerse el sol; cuando experimentaba alguna tentacion de la carne, sentíase dominado por una santa cólera contra sí mismo, golpeábase fuertemente el pecho, y decia á su cuerpo, al que trataba como á un potro rebelde: «Yo te impediré cocear; te alimen-

mosas palabras: «Cristiano es mi nombre; Católico mi sobrenombre; el uno «me distingue, el otro me designa.»

«taré de paja en vez de pan, y te cargaré y te fatigaré de tal modo, que solo desearás comer sin pensar en los placeres.»

Sabia de memoria una gran parte de la sagrada Escritura, y la recitaba durante su trabajo, que consistia en cavar ó labrar la tierra, cuando no seguia el ejemplo de los solitarios de Egipto, haciendo cestos para procurarse lo que le era indispensable. El poderoso atleta tuvo que sostener con el demonio encarnizadas luchas, de las que salió siempre victorioso con el auxilio de la oracion y de la penitencia. Á la edad de veinte y un años se condenó á no comer diariamente mas que un puñado de yerbas mojadas en agua fria; durante los tres años siguientes sus únicos alimentos fueron pan seco, sal y agua; á los ochenta años redujo su comida á cuatro onzas, y jamás comió en otra hora que al ponerse el sol. De aquí toma pié san Jerónimo para hacer algunas sabias reflexiones sobre la tibieza de los cristianos que alegan la vejez para dispensarse de hacer penitencia.

Tantas virtudes fueron recompensadas con el don de milagros; y para huir de su fama, que cada dia pregonaba su nombre á nuevas gentes, abandonó Hilarion su desierto, y fué á visitar los lugares que habia habitado san Antonio. Animado de un nuevo fervor, retiróse con dos de sus discípulos á una horrorosa soledad, donde le descubrió tambien la creciente fama de sus milagros. Finalmente embarcóse para la isla de Chipre, y allí, oculto en un lugar enteramente desconocido, imitó, en cuanto es dable á un hombre mortal, la vida de los bienaventurados en el cielo: llegado á la edad de ochenta años, el venerable anciano escribió su testamento de su propio puño, legando á su discípulo Hesiquio todas sus riquezas, consistentes en un libro de los Evangelios, un cilicio y una capa. Informada una familia de piadosos cristianos de que el Santo estaba próximo á espirar, acudieron para recibir su último suspiro, exigiéndoles aquel la promesa de que luego que habria muerto enterarian su cuerpo como se hallaba vestido, con su cilicio y su sayo; su debilidad era tanta, que solo se conocia que la vida no le habia abandonado aun por la presencia de espíritu que conservaba integra, siendo estas sus últimas palabras: «Sal, alma mia, ¿qué te espanta? Sal, alma mia, ¿qué temes? Hace cerca de setenta años que sirves á Jesucristo, ¿y puedes temer la muerte?» Al terminar estas palabras espiró, cuando corria el año 371 de nuestro Señor Jesucristo.

Al glorioso nombre de san Hilarion únense nombres igualmente célebres en la historia del siglo iv: san Pacomio, abad de Tabenna; san Abraham, san Teodoro, san Julian, la flor de los desiertos de Mesopotamia; san Pambon, abad de Nitria, los dos Macarios, y tantos otros de que el mundo no era digno. Durante aquella gran lucha del error contra la verdad, y del escándalo contra la virtud, el desierto puso en la balanza divina las oraciones y penitencias de sus angélicos habitantes, y la Iglesia triunfó.

Apenas habia tenido ésta un momento de reposo bajo el emperador Joviano, cuando oyóse retumbar un grito de guerra: un nuevo heresiarca atacaba una de las bases del edificio sagrado; Macedonio negaba la divinidad del Espíritu Santo. Un vigilante centinela, Atanasio que vivia aun, dió la voz de alarma y refutó victoriosamente la nueva herejía; sin embargo el mal aumentaba de dia en dia; Atanasio acababa de morir, y á solicitud de los obispos, Teodosio el Grande convocó un concilio en Constantinopla, no mostrándose menos espléndido de lo que lo fuera Constantino para con los Padres de Nicea. Los obispos presentes eran en número de ciento cincuenta; en un principio se trató de convencer y reducir á los macedonios, mas como permaneciesen obstinados en su opinion y se hubiesen retirado del Concilio, fueron tratados por éste como herejes declarados.

Al confirmar el Símbolo de Nicea, los Padres de Constantinopla añadieron únicamente algunas palabras para explicar mas y mas el misterio de la Encarnacion y de la divinidad del Espíritu Santo; al tratar de la Encarnacion, el Símbolo de Nicea se limitaba á decir: «Descendió de los cielos, se encarnó, se hizo hombre, sufrió pasión y muerte, resucitó el tercer dia, subió á los cielos, y vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos.» Y el de Constantinopla decia: «Descendió de los cielos, se encarnó por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María, y se hizo hombre; sufrió pasión y muerte, fué sepultado, resucitó el tercer dia segun las Escrituras, subió á los cielos, está sentado á la derecha del Padre, y de nuevo vendrá á juzgar con majestad á los vivos y á los muertos, y su reino no tendrá fin.»

Respecto de la tercera Persona de la santísima Trinidad, el Símbolo de Nicea expresaba la fe con estas palabras: *Creemos en el Espíritu Santo*; y el de Constantinopla añade, á causa de los macedo-

nios: «Creemos en el Espíritu Santo, que es tambien Señor y *vivificador*, que procede del Padre; que junto con el Padre y el Hijo «recibe iguales adoraciones y una misma gloria; que habló por los «Profetas.»

El emperador Teodosio recibió esta decision como emanada del mismo Dios, y digno *obispo del exterior*, hizo una ley ordenando la ejecucion de cuanto se habia establecido en la augusta asamblea. Celebrado en el año 381, este concilio fué aprobado por el Sumo Pontifice, y es el segundo ecuménico ¹.

Semejante á aquellas monstruosas serpientes del África que á la fuerza reunen la astucia para apoderarse de su presa, la herejía de Arrio y de Macedonio, vencidas en Nicea y en Constantinopla, intentó aparecer de nuevo bajo diferentes nombres y diversas formas, ya empleando el artificio, ya la violencia, para arrebatarse las ovejas del Señor; mas el divino Pastor, que vela noche y día custodiando su rebaño, suscitó nuevos defensores, ante los cuales vieron obligados á emprender la fuga el crimen y la herejía, aunque armados del poder imperial. En primera linea aparece san Ambrosio, arzobispo de Milan.

Este gran doctor nació en las Galias por los años 340, y contaba entre sus abuelos cónsules y prefectos del imperio: su padre, gobernador de las Galias, de la Inglaterra, de la España y de una parte del África, lo dejó al morir á los cuidados de una madre que cultivó con esmero su corazón y su entendimiento. Despues de haber hecho sus estudios en Roma, Ambrosio volvió á Milan con su hermano Satiro, y ambos siguieron la carrera del foro. Su única hermana, llamada Marcelina, recibió el velo de manos del papa Liberio.

No tardó en extenderse la reputacion de Ambrosio, y los hombres mas eminentes buscaban su amistad; de este número fué Probo, prefecto de Italia, el cual nombró á Ambrosio gobernador de la Liguria y de la Emilia, es decir, de todo el país que comprenden en el día los arzobispados de Milan, de Turin, de Genova, de Ravena y de Bolonia, con las diócesis que de dichas metrópolis dependen. Al despedirse, díjole Probo: «Id y obrad mas como obispo que como «juez.» Y fiel Ambrosio á tal consejo, que se avenia muy bien con su carácter, hizose admirar por su probidad, vigilancia y dulzura,

¹ Fleury, t. IV, lib. XVIII.

siendo la advertencia de Probo como una prediccion de lo que sucedió despues.

En aquel tiempo murió Auxencio, furioso arriano, usurpador de la sede de Milan, el cual durante los veinte años que duró su intrusion habia perseguido á los católicos con tanta violencia como malicia; al tratarse de la eleccion de un nuevo obispo, la ciudad se dividió en dos bandos, uno de los cuales queria á un arriano y el otro á un católico; llegando á tal punto la exasperacion, que estalló un motin, y que Ambrosio tuvo que volver á la ciudad para sofocarlo; acto continuo se dirigió á la iglesia donde se celebraba la reunion, y pronunció un discurso lleno de prudencia y de moderacion; mientras estaba hablando, un niño exclamó: ¡*Ambrosio obispo!* y al oír esto, cesó el tumulto como por encanto; católicos y arrianos se reunieron para proclamar unánimemente al Gobernador obispo de Milan; en vano quiso Ambrosio eludir tanto honor huyendo, pues habiéndose extraviado, se encontró el día siguiente en las mismas puertas de Milan.

Ambrosio no era mas que catecúmeno, así es que fué bautizado, ordenado de presbítero, y consagrado obispo en 4 de diciembre del año 372; elevado á la sede episcopal, no se consideró ya como un hombre de este mundo, y para romper los últimos lazos que á él podian sujetarle, distribuyó á la Iglesia y á los pobres cuanto poseía en oro y plata, reservando sin embargo una renta vitalicia para la subsistencia de su hermana Marcelina. Hecho esto, entregóse enteramente al cuidado de su rebaño y á la composicion de las preciosas obras con que ha enriquecido á la Iglesia.

En aquel entonces invadieron los godos las tierras del imperio, penetrando hasta los Alpes, y Ambrosio empleó sumas considerables en el rescate de los cautivos, destinando además á tan buena obra los vasos de oro de la iglesia, los cuales fueron rotos y vendidos; de lo que tomaron pié los arrianos para dirigirle varios cargos, mas el santo Obispo les contestó que mas valia salvar almas que guardar oro. Estos herejes, viendo que habian perdido la iglesia de Milan, excitaron á la emperatriz Justina á declararse contra el santo Arzobispo, y lo lograron; aquella Princesa, celosa arriana, envió á pedirle en uno de los días inmediatos á la Pascua del año 385 la basílica Porciana, á fin de que los arrianos celebrasen en ella el oficio divino para ella y varios oficiales de la corte.

Ambrosio, que no ignoraba que la audacia de los herejes crece á medida de la poca resistencia que se les opone, contestó que jamás entregaria el templo de Dios á sus enemigos; en vano le amenazaron la Emperatriz y el mismo Emperador; el santo Arzobispo se mantuvo inflexible. Este hecho atrajo sobre él varios sufrimientos, de los que se vengó como saben vengarse los Santos; sacrificóse para impedir los perniciosos designios del tirano Máximo contra la Italia, dando así una prueba de amor á sus perseguidores.

Poco despues de la pacificacion de la iglesia de Milan, el emperador Teodosio cometió una falta que hizo derramar muchas lágrimas; la ciudad de Tesalónica rebelóse contra su gobernador, y dióle muerte en la sedicion, en venganza de lo cual dispuso Teodosio que fuesen pasados á cuchillo siete mil habitantes de aquella desgraciada ciudad. La noticia de tanta barbarie destruyó el corazon de Ambrosio, y habiéndose presentado el Emperador para entrar en la iglesia, el santo Obispo salió á su encuentro en el vestibulo, y le dijo: «Príncipe, deteneos, pues no comprendéis la enormidad de «vuestro pecado; el brillo de la púrpura no debe haceros olvidar «que sois mortal, que estais formado del mismo barro que vuestros «súbditos. Solo hay un Señor, un Rey del mundo; ¿cómo miraréis «su templo? ¿cómo pisaréis su santuario? ¿Os atreveréis á levantar «hácia él esas manos teñidas aun de una sangre injustamente der- «ramada? Retiraos, pues, y no añadais el sacrilegio á tantos ho- «micidios.»

El Príncipe dijo para excusarse que David habia pecado, á lo que repuso Ambrosio: «Le habeis imitado en su pecado, imitadle en su «penitencia.» Teodosio se sometió, y aceptó la penitencia canónica que le fué impuesta, volviendo á su palacio suspirando; en él permaneció ocho meses enteramente ocupado en los ejercicios propios de los penitentes públicos, mas al acercarse la fiesta de Navidad, sintió aumentar su dolor. «¡Cómo! decia, el templo del Señor está «abierto para el último de mis súbditos, y su entrada me está á mí «prohibida!» Llevado de sus ardientes deseos, se dirigió no á la iglesia, sino á una sala contigua, donde Ambrosio mandóle colocar entre los penitentes públicos; Teodosio obedeció, y á fin de corregirle eficazmente, el santo Obispo exigió que diese una ley para suspender durante treinta dias la ejecucion de las sentencias de muerte; al momento dispuso el Príncipe que se escribiese dicha ley, la

firmó y prometió observarla, despues de lo que, conmovido san Ambrosio por su docilidad y por el ardor de su fe, levantó la excomunion y le permitió la entrada en la iglesia.

Teodosio, prosternado y regando el suelo con sus lágrimas, golpeabase el pecho y pronunciaba en alta voz aquellas palabras de David: «Mi alma ha permanecido ligada á la tierra; ¡Señor, dadme «la vida segun vuestra promesa!» Y el pueblo todo, enternecido al ver tan grande ejemplo, le acompañaba en su llanto y en sus oraciones; aquella Majestad soberana, cuya impetuosa cólera hiciera temblar todo el imperio, solo inspiraba entonces sentimientos de compasion y de dolor. Ejemplo igualmente admirable, así de parte del Santo, como de parte del Emperador, que enseña á los obispos que la fe y el puro celo tienen mas fuerza que el trono y el cetro, y que advierte á los príncipes de la tierra que su verdadera grandeza consiste en humillarse ante el Rey de los reyes.

El santo Arzobispo murió durante la noche del Viernes al Sábado Santo, 4 de abril del año 395, á los cincuenta años de su edad. La antigüedad le señaló el primer lugar entre los cuatro grandes Doctores de la Iglesia latina; visiblemente inspirado por Dios para la defensa de la Iglesia, aquel santo Doctor compuso gran número de excelentes obras, siendo poquísimas las verdades importantes de la Religion que no se encuentren sólidamente establecidas y claramente demostradas en ellas, lo que ha hecho que fuesen colocadas, luego de su publicacion, entre los libros que consulta la Iglesia en materia de fe ¹.

¹ Las principales obras de san Ambrosio son:

- 1.º El *Hexameron*, ó Tratado sobre los seis dias de la creacion. San Ambrosio siguió en parte á san Basilio;
- 2.º El libro *sobre Noé y el arca*. Noé es representado como un modelo de virtud para todos los hombres;
- 3.º El libro *del Bien de la Muerte*. El Santo manifiesta en él que la muerte no es un mal;
- 4.º Los libros *de Abel, de Isaac y de José*, donde se pintan las virtudes de estos santos Patriarcas;
- 5.º El libro *de las Bendiciones de los Patriarcas*, en el que trata el Santo de la obediencia y del reconocimiento que los hijos deben á sus padres;
- 6.º El libro *de Elias y del Ayuno*, en el que manifiesta la eficacia del ayuno.
- 7.º Las *Obligaciones de los ministros*, donde el Santo enseña á los presbíteros á ser hombres de Dios;
- 8.º El libro *de las Virgenes y de la Virginidad*;